

Publicación: (2010) *Alfa. Revista de la Asociación Andaluza de Filosofía*, Año XIII-nº 26-27 (enero-diciembre 2010), 413-420. ISSN 1137-8360.

Comunicación: VIII Congreso de la Asociación andaluza de Filosofía, “Arte y Filosofía en el siglo XXI”, Málaga, 10-12 septiembre 2010, 12 septiembre.

La filosofía taurina de Ortega y Gasset

The Bullfighter Philosophy of Ortega y Gasset

Jesús Ruiz Fernández

RESUMEN

La presente comunicación se centra principalmente en la integración de filosofía y arte –garbo-, con la que Ortega y Gasset veía una posibilidad para la filosofía española en la posmodernidad. Además, estima que, de sus obras y sobre todo de sus conversaciones, puede extraerse una idea de aquella filosofía de los toros que, a pesar de ser tan esperada en su tiempo, se pensó y se piensa que no consiguió desarrollar. Los toros, según esta idea, serían un símbolo de la razón vital.

PALABRAS CLAVE

Integración filosofía-arte, razón vital, filosofía española, garbo, posmodernidad.

SUMMARY

This paper meanly focuses on the integration of Philosophy and Art – *Garbo*, Poise-, with which Ortega y Gasset saw a possibility for the Spanish Philosophy in the Postmodernity. Besides, it establishes that, from his works and above all from his conversations, it can be drawn an idea of the Philosophy about bullfighting which, although so awaited in his days, was and is generally thought not to have been accomplished. According to this idea, bullfighting would be a symbol of Vital Reason.

KEYWORDS

Integration Philosophy and Art, Vital Reason, Spanish Philosophy, Poise, Postmodernity

1. FILOSOFÍA Y TOROS

Quizás se haga necesario justificar una comunicación como ésta en un congreso de filosofía. Comenzaré diciendo que el Congreso es en Málaga, y en un artículo de ABC de 1946 del periodista Luis Calvo –central, como veremos, en este trabajo–, me encontré con lo siguiente:

Hubiera nacido en un cortijo de la Málaga de sus mayores,¹ y el garbo, la pompa y desenvoltura que retozan en su estilo de escritor y hacen fulgurante el discurso compacto de sus meditaciones hubiesen retozado también las plazas de toros. Hay en su obra y su persona un floreo externo y un vigor recóndito, que son típicamente taurinos, típicamente andaluces: Flamenquería y ringorrago; nervio terne y esfuerzo enjuto.

Por otra parte, todos los temas, mayores y menores, constituyen el objeto de la filosofía. Hay filosofía de los toros como hay filosofía de todo. Aunque, como dice Gustavo Bueno: “a Ortega hay que reconocerle el gran mérito de haber elevado estos temas –caza y toreo– a condición de temas de «filosofía primera»” (cfr. Fernández Tresguerres, 7). El Congreso es, además, sobre arte, y la fiesta de los toros quizás sea el arte más completo. Finalmente, veremos como la corrida de toros, a través del intermediario del garbo, nos llevará a la filosofía, porque lo que quisiera presentar en esta comunicación es ante todo una integración, una más de este autor, que es el autor de las integraciones²; de filosofía y arte, en este caso: la filosofía taurina de Ortega y Gasset. Pues no es mi deseo hablar principalmente de la filosofía de los toros de nuestro filósofo –aunque hablaré, y veremos cómo los toros son una metáfora de la razón vital–, sino de que, a juicio de Ortega, la misma filosofía es taurina, es decir, que debe hermanarse con el garbo.

No sé si lo primero que tenía que haber hecho es justificar la comunicación –por lo que he optado–, o decir que estoy en contra de los toros. Y eso que aprecio mucho, el arte que encierran. Pero, la ética es lo primero; y yo creo en los derechos de los

¹ Rafaela Chinchilla, abuela de Ortega y Gasset, era de Málaga, donde tenía algunas propiedades en Marbella (Ortega, Miguel, 32). En Málaga vivió también su abuelo, José Ortega y Zapata, retirado sus últimos años (Ortega, Miguel, 15). Junto con su hermano mayor Eduardo, el joven Ortega estudió el bachillerato durante seis años, de 1891 a 1897, en el colegio de jesuitas de San Estanislao de Kostka de Miraflores de El Palo de Málaga.

² Razón y vida, filosofía y experiencia de la vida, filosofía y literatura, filosofía y política, filosofía y pedagogía, filosofía y mitología, etc. Si hubiera que describir la obra de Ortega con una sola palabra, probablemente la más adecuada sería la de *integración*. El existencialismo, la fenomenología, el neokantismo, el historicismo, el pragmatismo, Nietzsche, el regeneracionismo, Unamuno, ciencias como la física, la biología, la psicología y la historia, e incluso la filosofía oriental, se dan la mano en él. Ortega veía como uno de los rasgos del tiempo nuevo que no se cansó de anunciar –la posmodernidad– el espíritu integrador: “Vamos, por fin, hacia una edad cuyo lema no puede ser: «O lo uno o lo otro» -lema teatral, sólo aprovechable para gesticulaciones. El tiempo nuevo avanza con letras en las banderas: «Lo uno y lo otro». Integración. Síntesis. No amputaciones” (II, 455; v.t. II, 430). Salvo en las referencias expresas, cito a Ortega por la edición de 1983 de las *Obras completas*.

animales, de los vegetales e incluso de los minerales.³ Mas como no es posible hablar sólo de lo que uno está a favor, cojamos este toro por los cuernos, embolado como va, además, de un tema tan actual.⁴ Y valga también esta actualidad como una justificación más.

2. LA FILOSOFÍA DE LOS TOROS DE ORTEGA Y GASSET

Antes de dedicarse a la filosofía, Ortega al parecer quiso ser torero.⁵ Hay fotos donde aparece solo, toreando cornúpetas bastante grandes. Pero al final sustituyó tal vocación por la del “toreo de salón”, que, como decía Zuloaga, era lo que mejor se le daba (Calvo). Él mismo se definió varias veces como torero: “yo soy torero” (Ortega, 2006, 1127), se presentó una vez a los alemanes. Aunque, en otras ocasiones, con menos ambición, prefería verse como espontáneo, maletilla:

Soy madrileño, y una de las figuras más típicas de Madrid es ese chico que desde el tendido asiste a la novillada y en un cierto momento, sin posible contención, se arroja al ruedo y con su blusa se pone a torear al cornúpeto. Yo soy de por vida, ese eterno chico de la blusa⁶ y no puedo contemplar un problema astifino sin lanzarme hacia él insensatamente (VIII: 559).

El espontáneo con respecto al torero debe ser algo así como la filosofía con respecto a la sabiduría. Si realmente la filosofía es más problemática que dogmática, como pensaba Ortega, al filósofo le cumple en la filosofía taurina más el papel de espontáneo que el de matador.

Y, ya filósofo, bien por su omniabarcadora curiosidad, por deber patriótico o por razones intelectuales, anduvo toda su vida tras una filosofía de los toros, que llegó a crear gran expectación, y finalmente desilusión, pues era un lugar común entre los entendidos que la fiesta necesitaba una filosofía que fundamentara el enciclopédico “Cossío”. En 1950 todavía el torero manchego Domingo Ortega le apremiaba en el Ateneo de Madrid a que cumpliera con lo que al parecer era su destino. Pero el famoso *Paquiro*, la meditación que un principio debía formar parte de la ristra de meditaciones que inauguró la del Quijote, quedó dormitando en el mundo de los posibles.

¿Quedó trasconejada por falta de tiempo, como confesó a su homónimo el torero (Calvo), o más bien porque desde los presupuestos orteguianos resultaba imposible su realización, como argumenta Fernández Tresguerres?⁷ Mi impresión particular es que, si no la hizo, sí avanzó bastante en ello. Lo que ocurre es que, como en tantos otros temas,

³ Hay, por cierto, un comentario de Ortega y Gasset -de pasada, como de costumbre- sobre los derechos de los minerales: “Hay quien cree de buena fe que no tenemos obligaciones para con las piedras y por eso ha tolerado que «Ulloa, óptico» embadurnase con pez o con albayalde las rocas venerables de nuestra serranía, sobre las cuales los milenios habían tejido las prodigiosas capas pluviales de líquenes y hongos” (VI, 463).

⁴ La polémica creada por la prohibición de los toros en algunos lugares; el toro sustituyendo al escudo en la bandera de España en el reciente Mundial de Fútbol.

⁵ La relación de Ortega y Gasset con el mundo de los toros es estudiada con detalle por Felipe González Alcázar.

⁶ “Estaba Vicente Pastor, madrileño del barrio de Embajadores, en donde nació el 30 de enero de 1879. Lo llamaban *El chico de la blusa*, porque así fue conocido en sus principios de becerrista, tal era la prenda que vestía cuando se arrojó por primera vez al ruedo.” (Román, 62).

⁷ Fernández Tresguerres presume de rematar la faena partiendo del punto en que Ortega la dejó inacabada, esta vez con presupuestos válidos: los de su maestro, Gustavo Bueno.

no la expuso sistemáticamente, sino que está dispersa por aquí y por allá a lo largo y ancho de sus obras completas.

3. LOS TOROS COMO SÍMBOLO DE LA RAZÓN VITAL

Lo que sorprende es que Fernández Tresguerres, que tan bien ha estudiado los escritos tauromáquicos de Ortega, no haya tenido en cuenta lo hablado por él: un autor que pensaba que la filosofía se aviene más al lenguaje hablado que al escrito. Es decir, que haya pasado por alto la tertulia que hubo en la finca de Domingo Ortega, en las cercanías de Villalba, en la sierra de Madrid, entre los Ortega y José María de Cossío, y que el oído atento de Luis Calvo recogió, para estamparla al día siguiente en ABC.⁸ Ortega-filósofo dijo al periodista sobre Ortega-torero:

Torero duro y sabio como ninguno de esta época. Cuyo arte se aprecia sobre todo en ese momento dramático en que, a solas con la cabeza de la fiera, parece como si formara un burujo inextricable y creara el lío informe que luego, pausadamente, va desenredando con gracia, extrayendo, a fuerza de valor, la obra de arte sereno que había encerrado dentro del ovillo.

En esta increíble frase, y más si fue improvisada, está la integración de razón vital y arte, de la que los toros son un símbolo. Comencemos por ese “momento dramático” en que el “torero duro y sabio como ninguno de esta época” está a “solas con la cabeza de la fiera”. La idea fundamental de la conversación villalbina, coincidente, por cierto, con la de la conferencia de Domingo Ortega del Ateneo, era que desde que se quitó el peto al caballo se acabaron los toros. La relación toro-torero se había desnivelado, y el drama que era el jugarse la vida el diestro, se había convertido en un mero pasar el rato. “Antes desafiaba el lidiador al toro con la capa fruncida sobre su pecho, y abrir esa capa era ya una escena varonil de garbo y drama [...] la fiesta era entonces gallarda, impetuosa, áspera y frenética. Hoy es nada más que monótona y pulida, y tiene el tedio de todo lo primoroso”. La vida es drama porque, viviendo, el hombre se juega la vida; a una carta, como Ortega y Gasset gustaba decir de don Juan, puesto que sólo hay una posibilidad de vida auténtica. Sin embargo, la mayoría escurre el peligro, disolviendo la responsabilidad en la “gente”. Entonces, la vida se convierte en poco más que en un entretenimiento inauténtico. Con el desequilibrio que se había creado en los toros, el torero podía dar pases sin necesidad de dominar al animal, única forma como antes se salvaba la vida. “Volutas”: así termina Ortega y Gasset la frase anterior, calificativo que vale tanto para el toreo actual como para la vida inauténtica.

“El toro es el animal que embiste” (IX, 460), pero su furia no es ciega, como la humana, sino que se puede comprender y dominar. Y este dominio del toro es lo que hacía de Domingo Ortega la excepción que confirmaba la regla, conociéndose su arte como “toreo de la verdad”. Por eso Ortega y Gasset le llama *sabio*. Veremos inmediatamente como las astas del toro simbolizan los problemas de la vida; pero en nuestro filósofo la solución de los problemas, la verdad –dominio del toro– no es meramente teórica, sino práctica, habiéndose de entender como autenticidad,

⁸ Miguel, el hijo de Ortega, que presenció la conversación de Navalcaide, se da cuenta de su importancia, de que se trataba de un “esquema, escueto, pero sustancioso” (182) del *Paquiro*; pero, al exponerlo, ofrece poco más que datos históricos sobre la fiesta.

descubrimiento de la vocación. Quehacer único e insustituible, porque “la autenticidad de una vida se mide por su dosis de soledad” (VI: 342).

El “burujó inextricable”, el “lío informe” son los problemas de la vida, que es pura contradicción, y nos precipita sin descanso de una idea a su contraria: los dos cuernos del toro. Es cierto que los astados verdaderamente peligrosos son los filosóficos, los problemas “archiproblemáticos” que, a diferencia de los científicos o de la vida cotidiana, no tienen las astas afeitadas⁹ -*berrendo minotauro* llamará Ortega al mayor problema de la época: el “tema de nuestro tiempo”, esto es, la superación del idealismo (VII, 392)-; pero el “dolor teórico”, la “angustia del pensamiento” (Ortega, 1996, 56) acompaña a todo problema humano en general. Por eso, ya desde antiguo los hombres se han representado “siempre un problema como algo ‘bicornuto’ [...] como un toro” (VII, 513; v.t. IX, 600; VII, 391). Si vivir en la creencia es el paraíso, cuando ésta cede y aparecen los problemas, deviene la expulsión del paraíso. Entonces, por el toril, somos arrojados al ruedo, y lo primero con lo que nos encontramos es con el toro. “La vida nos es dada, mejor dicho nos es arrojada o somos arrojados a ella, pero eso que nos dado, la vida, es a la vez un problema que necesitamos resolver nosotros.” (Ortega, 1996, 190). Problema que no es primariamente el de saber, sino el de elegir,¹⁰ pues las dos astas representan en último término las dos posibilidades de vida auténtica e inauténtica.

El carnaval y los toros, no más nos habría quedado, según Ortega, del sentido festival de la vida antiguo que el cristianismo defenestró. El toreo tiene “origen dionisiaco, báquico, orgiástico” (VII, 487). En aquellas fiestas se mezclaban la religión, el arte –el teatro– y el vino. Los griegos las denominaban *theoría*, contemplación, lo que no es de extrañar, puesto que eran un precedente de nuestra ciencia y filosofía. Para ellos eran pensamiento: orientación, a la par que juego y evasión. La filosofía, como pensamiento que es, comparte estas notas con ellas.

Pero hoy día el pensamiento adopta la forma de razón, y razonando es como debemos “desenredar”, “extraer” “el ovillo sereno” de la maraña de problemas. La parte de razón de la razón vital consiste en imaginar ideas coherentes que funcionen, esto es, que no entren en contradicción con los datos de que disponemos; mientras que la parte vital sería el movimiento dialéctico, de perfeccionamiento o complejificación de las ideas, a medida que se van integrando en ellas los datos nuevos, en un principio discordantes. Ortega solía decir que no era un aficionado a los toros, al entender que afición es pasión, cosa poco seria. Porque seriedad es poner las ideas en serie (IX, 467-468; VII, 28): la serie dialéctica, de pasos –paso, *dia-* serenos, como la serie de pases del torero. La razón exige una doble liberación o *epojé*: de los hechos y de nuestras propias pasiones, ya que ambas instancias pueden encubrir el sentido, la verdad. Como dice José Carlos Arévalo: “enfrentarse al acto de la lidia con la mente en blanco, con la mayor ingenuidad taurina” (50).¹¹

⁹ La filosofía es de un problematismo especial, exagerado –“astífino”, como decía Ortega anteriormente– como conocimiento y por su objeto. En este último sentido, Ortega escribe: “La Vida es «precisamente multilateral», que es siempre «lo uno y lo otro», es decir, lo más radical del fenómeno Vida es su carácter equívoco, su sustancial problematidad. De ahí viene todo, pero muy especialmente de ahí viene la filosofía” (VIII: 297). Estas ideas las desarrollo en mi artículo, “La idea de filosofía en Ortega y Gasset”, *Revista de Filosofía* (Madrid) vol. 35 Núm.1 (2010) 117-118.

¹⁰ La verdad se inventa, se elige, punto que marca el paso de la segunda etapa fenomenológica de Ortega a la tercera existencialista.

¹¹ La razón vital la estudio en “El método de la ciencia: la razón vital”, *Revista de Estudios Orteguianos* (Madrid) 18 (2009) 171-189. Puede ser cotidiana, científica y filosófica, en función de su dosis de radicalidad. En filosofía, claro está, la radicalidad es extrema. Lo mismo que la soledad y el valor. Por eso, es “el heroísmo intelectual”, Para dedicarse a la filosofía hace falta un tipo de valor que ya quisieran para sí muchos toreros (VII, 308, 323; V, 396).

4. LA INTEGRACIÓN DE FILOSOFÍA Y GARBO

La dialéctica es la vida de la razón; pero, como la corriente heraclítea todavía pudiera resultar fría, Ortega busca el abrazo del arte. Como la faena, la serie de pases del torero, que tiene mucho de arte a la vez que de técnica. El filósofo español propuso sustituir el desgastado término de *ética* por el de *elegancia*, que etimológicamente significa saber elegir. Pero en el español la técnica de la elección se deja modular por la “gracia”, el garbo, “la cualidad más española” (XII, 214).

Ortega, que se ocupó de dicha cualidad en contadas ocasiones y siempre de pasada - ¿cómo no?- sospechaba que *garbo* viene de *gálibo*, la plantilla con la que antiguamente se hacían las cuadernas de los barcos, forma que le parecía la más bella del mundo (XII, 214).¹² Pero fijémonos en las sorprendes palabras que pronunció en la conferencia que dio sobre el teatro en el Ateneo de Madrid, nada más llegar del exilio, en 1946:

Es menester que *todos* nos apretemos un poco las cabezas, agucemos el sentido para inventar nuevas formas de vida donde el pasado desemboque en el futuro, que afrontemos los enormes, novísimos, inauditos problemas que el hombre tiene hoy ante sí con agilidad, con perspicacia, con originalidad, con gracia –en suma, con aquello sin lo cual ni se puede torear ni se puede hacer de verdad historia, a saber: con garbo (VII, 444- 445).

La frase la dijo, además, en relación con la afirmación de que España gozaba de una “salud casi indecente” comparada con el enfermizo estado de Europa. Lo que no implicaba en modo alguno adulación al franquismo, como se dijo, sino anuncio de que era la hora España. Porque, habiendo estado ésta separada de la filosofía durante la Edad Moderna por falta de sintonía, ahora, los nuevos tiempos, los posmodernos, resultaban más afines a su idiosincrasia.

Los que conocían a Ortega y Gasset, como Rodríguez Huéscar, nos refieren que: “en su trato privado, y en las ocasiones más «coloquiales», era frecuentemente la palabra de Ortega un constante chisporroteo de ingenio, de donaire, de gracia, de sutil ironía y de castizo garbo -término, por cierto, muy suyo-, pero nunca perdía –y esto era lo prodigioso, lo pasmoso- ese sentido de gravedad, de trascendencia, que era como el trasfondo de todos sus decires, aun de los más aparentemente lúdicos” (219).

5. CONCLUSIÓN

En conclusión, podemos decir, que los toros son una metáfora de la razón vital -como tantas otras tan castizas de Ortega: el *Quijote*, don Juan, el Greco, etc-, es decir, de la filosofía. Y que *filosofía taurina* significa filosofía española, porque nuestro filósofo pensaba que España podía por fin decir algo al mundo. Y es que hoy día los problemas no se resuelven como antaño en el templo, campo de batalla, ágora o fábrica, sino en el ruedo.

¹² Uno de los significados que tiene *gálibo* en el *Diccionario* es elegancia.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ORTEGA Y GASSET, José, *Obras completas*, Revista de Occidente/Alianza Editorial, 12 vols., Madrid, 1983.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Obras completas*, vol. VI, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 2006.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, F.C.E., Madrid, 1996.
- ARÉVALO, José Carlos, “Ortega y los toros”, *Revista de Occidente* (Madrid) 36 (1984) 49-59.
- CALVO, Luis, “La teoría del toreo” [en línea]. *ABC. es Hemeroteca*, Madrid, 2 junio 1946, <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1946/06/02/008.html> [Consulta: 10 de Octubre de 2010].
- FERNÁNDEZ TRESGUERRES, Alfonso, *Los dioses olvidados: caza, toros y filosofía de la religión*, Pentalfa Ediciones, Oviedo, 1993.
- GONZÁLEZ ALCÁZAR, Felipe, “Paquiro o de las corridas de toros. Ortega y la tauromaquia”, *Revista de estudios orteguianos* (Madrid) 16/17 (2008) 43-104.
- ORTEGA, Domingo, *El arte del toreo y La bravura del toro*, Peña taurina “El Trapío”, Toledo, 1999.
- ORTEGA, Miguel, *Ortega y Gasset, mi padre*, Planeta, Barcelona, 1983.
- RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio, “Ortega: genio y palabra”, *Revista de Occidente* (Madrid) 24-25 (1983) 214-241.
- ROMÁN, Manuel, *La copla y los toros*, Rama Lama Music, Madrid, 2005.

Jesús Ruiz Fernández
 IES Lázaro Cárdenas
 Collado Villalba (Madrid)
 jjesusruizz@hotmail.com